

Capitan general del departamento de ir desde Santa Pola á Cartagena, habia hecho rumbo á Poniente. Los cañonazos que se oian eran el saludo que aquel buque y la *Zaragoza* cambiaban entre sí en el acto de encontrarse.

A las cuatro de la misma tarde, las tres fragatas y un vapor cruzaban por frente del puerto de Cartagena, deteniéndose junto al islote que hay á su entrada, y momentos después se presentaba ante la plaza un bote parlamento, enviado por el general PRIM. El Gobernador militar telegrafió en seguida al Ministro de la Guerra, dándole cuenta de haber rechazado enérgicamente á los parlamentarios, sin permitirles poner el pié en tierra; pero la presencia de aquellos buques hacia su posicion sumamente crítica; pues apenas cerró la noche comenzó el pueblo á conmoverse, y pronto tuvo armas, que se desembarcaron en Escombreras bajo los fuegos de las fragatas. El 27 por la tarde, Cartagena se hallaba en plena sublevacion, y el general que mandaba en ella se veia obligado á retirarse con toda la guarnicion, camino de Murcia; mas al poco tiempo retrocedieron las tropas que le acompañaban, para ir á ponerse á las órdenes del Marqués de los Castillejos.

Las consecuencias de este grave acontecimiento no se hicieron esperar: las autoridades de Murcia tuvieron que abandonar esta ciudad; fué necesario que la columna del general Rentero, que se hallaba en Villena, pasara á situarse en Almanza para apoyar las fuerzas que cubrian la provincia de Alicante; pero amenazada Valencia, no solo por la aproximacion de la escuadrilla con tropas de desembarco, sino tambien por el levantamiento de numerosas partidas, hubo de retirarse aquella columna á la capital del distrito, lo que produjo la inmediata sublevacion de Alicante y toda su provincia.

Perdida Cartagena, sólo un triunfo decisivo alcanzado por el ejército del Marqués de Novaliches en Andalucía pudiera haber contenido la revolucion. Aquel ejército se habia ido formando con gran actividad, mas no sin tener que vencer muchas dificultades. El dia 20 salió de Madrid el general Pavía; el 21 atravesaba la cordillera de Despeñaperros; el 23 tenia ya á sus órdenes siete batallones, cuatro regimientos de caballería y seis baterías, que acantonó en el Carpio, Montoro y Pedro-Abad: el 27, su ejército se componia de nueve batallones de línea y cinco de cazadores, dos compañías de Ingenieros, diez y ocho escuadrones, y un regimiento montado de Artillería, con 32 piezas, de las cuales 24 eran rayadas del sistema Krupp. Todas estas fuerzas componian aproximadamente un total de 9,000 hombres y 1,300 caballos.

El ejército que había concentrado en Córdoba el Duque de la Torre constaba de once batallones de Infantería de línea, tres de cazadores y uno de Marina, un batallón de Guardia civil, dos de la Rural, y el primero provisional, fuerte de 700 plazas; los regimientos de caballería de Santiago y Villaviciosa, dos escuadrones de carabineros y uno de Guardia civil; un batallón de Artillería á pié, y el 2.^o regimiento montado, con 28 piezas, doce de ellas de Krupp, y las demás de bronce de á ocho centímetros. La superioridad numérica, sobre todo, en Infantería, estaba de parte de este ejército, al que sobrepujaba, sin embargo, el de Novaliches en caballería, y en la calidad y alcance de una parte de la artillería, resultando así hasta cierto punto equilibradas las fuerzas de entrambos; pero las tropas fieles á la Reina tenían contra sí la inmensa desventaja de operar en país enemigo, de tal suerte que su general, por falta de buenas noticias, marchaba casi á ciegas, sin conocer la verdadera situación ni los recursos de su contrario.

Ya el Duque de la Torre, acompañado de otros generales, había hecho, en la mañana del 26, un reconocimiento sobre el puente de Alcolea y campos circunvecinos, estudiando detenidamente el terreno, que le ofrecía una magnífica posición estratégica para mantenerse á la defensiva; ya el general Izquierdo, con los mismos generales que acompañaron al Duque y con todo el Estado mayor, había ido, el día 27, á recorrer aquellos campos, y había mandado cubrir los puntos principales por el batallón cazadores de Tarifa y dos escuadrones de Villaviciosa; ya, en fin, el general Caballero, como jefe de la primera división, quedaba esperando que se le reuniesen los batallones de Simancas y Segorbe, y tomaba disposiciones para ocupar todas las casas inmediatas al puente y las alturas de su izquierda sobre la orilla derecha del Guadalquivir, cuando en el cuartel general del Marqués de Novaliches no se sabía si el general Serrano estaba ó no en Córdoba, y aun se creía que las fuerzas concentradas en esta ciudad sólo ascendían á unos 5,000 hombres, y que intentaban defenderse dentro de ella. Partiendo de tan erróneo concepto, el ministro de la Guerra, hablando por el telégrafo el mismo día 27 con el jefe de Estado Mayor, general Sandoval, recomendaba la necesidad de avanzar en seguida; de reconocer, ya que no ocupar, el puente de Alcolea, y de presentarse con el ejército en frente de Córdoba, para obligar al enemigo á salir, provocándole á la batalla. Y en efecto, aquella misma tarde se adelantó el brigadier Lacy con los batallones de cazadores de Madrid y Barcelona, marchando por la derecha del río; y al anochecer se dispuso que el regimiento del Príncipe y las compañías de

Ingenieros salieran en la misma direccion, para ir á posesionarse del puente de Alcolea: estas últimas tropas fueron detenidas por el general Vega, que hallándose en el Carpio, tenia ya noticias de que el puente habia sido ocupado por fuerzas considerables al mando de Caballero de Rodas.

Esta carencia de buenos y oportunos informes, aparte de otras circunstancias desfavorables, influyó seguramente en el resultado de la batalla de Alcolea; porque las fuerzas del Marqués de Novaliches, ya inferiores en número, aunque valientes y bien disciplinadas, se encontraron en posicion desventajosa para el ataque, y además divididas y mermadas en los momentos supremos de la accion.

Ya de noche, se presentó en Montoro el Sr. Lopez de Ayala con una carta del Duque de la Torre, invitando al Marqués de Novaliches, "*en nombre de la humanidad y de la conciencia*, á que le dejara expedito el paso, y se le uniera con las tropas de su mando, no privándolas de la gloria de contribuir con todas á asegurar la honra y la libertad de su patria., Puede creerse que hasta entonces no supo el denodado Marqués la verdadera situacion del ejército contrario: contestó al general Serrano en términos dignos, diciéndole, que el combate solo podia evitarse reconociendo todos la legalidad existente, y que si la suerte no favoreciese este resultado, siempre le quedaria á él y á su ejército el noble orgullo de no haber provocado tan sensible lucha.

Despedido cortesmente el enviado del Duque de la Torre, acordóse en Montoro el plan de operaciones, reducido á que el general Echevarría pasara el Guadalquivir en dicha ciudad con un batallon del regimiento de Gerona y cuatro compañías de cazadores de Alcántara, y siguiera la orilla derecha del rio, para ir á reforzar la brigada Lacy, á fin de atacar por el flanco á las tropas pronunciadas, al mismo tiempo que el general en jefe, con el grueso de las fuerzas, lo haria de frente por el puente de Alcolea.

El general Echevarría marchó después de la medianoche para su destino, y el resto del ejército, con el Marqués de Novaliches, se puso en movimiento antes de amanecer el dia 28 hácia los llanos de Alcolea, reuniéndosele al paso las tropas acantonadas en Pedro-Abad y el Carpio, y el regimiento del Príncipe, detenido en este último punto algunas horas antes.

V.

El puente de Alcolea, ya memorable por la heroica resistencia que unos cuantos soldados y paisanos opusieron, en 1808, á las aguerridas y numerosas huestes del general Dupont, se halla situado sobre el Guadalquivir, dos leguas antes de llegar á Córdoba por la carretera general de Madrid á Andalucía, y toma su nombre de unas ventas en que se apoya su estribo derecho: es de piedra sillería, de veinte ojos, con pretilos, y tiene una longitud de 340 metros. El rio, despues de trazar una gran curva entrante hácia el Norte, tuerce su curso al Sur en las inmediaciones del puente; y á unos 600 metros más abajo, pasado otro puente de hierro al servicio exclusivo del ferrocarril, sigue hácia Córdoba, con rumbo Sud-Oeste. La ribera derecha se halla coronada de lomas en pendientes suaves, formando anfiteatro, y cortada por profundos barrancos de márgenes escarpadas, que descienden de la Sierra de Córdoba; y todos estos terrenos, cubiertos de olivares, encinas y espesísimo monte bajo, tienen además por natural defensa el rio Guadalquivir, que desagua en el Guadalquivir, á unos dos kilómetros más arriba del puente de Alcolea: cerca de este, sobre una de las primeras alturas, hay una espaciosa quinta llamada el *Capricho*, en la que estableció el Duque de la Torre su cuartel general. Por la ribera izquierda, en el semicírculo que forma su curva, se extiende un espacioso llano, fangoso y despejado, que, atraviesan en toda su longitud de S. E. á N. E. la carretera y el ferrocarril, cruzándose ambas vias en ángulo agudo á la distancia de tres kilómetros antes de pasar el rio: á un kilómetro de este, y entre el ferrocarril y la carretera, habia unas casas de construccion débil, llamadas cortijo de *Pan-Gimenez*, único abrigo, aparte de las casetas de los peones camineros, que se encontraba en toda la llanura.

Tal era, prescindiendo de minuciosos detalles, el terreno en que dos ejércitos hermanos, ó por mejor decir, dos fracciones de un mismo ejército iban á cruzar las armas, á derramar su sangre, á pelear con encarnizamiento, sin ser enemigos, sin odiarse, obedeciendo solo á las imperiosas leyes del honor, y conducidos al sacrificio por la mano inexorable del destino. El campo elegido por el Duque de la Torre se extendia por la ribera derecha, en gran parte quebrado y montuoso, cubierto de casas, árboles y vallados, teniendo á su frente un rio ancho y profundo; á su izquierda

(único punto vulnerable) otro río y varios arroyos; á su derecha un ferrocarril con todo el material necesario para comunicarse en brevísimo tiempo con una ciudad rica y populosa, y elevándose en anfiteatro sobre el campo contrario, llano, cenagoso y completamente descubierto. Por esta llanura tenia que atacar de frente el Marqués de Novaliches, sin poder hallar más paso que el puente de Alcolea, pues el de la vía férrea estaba cortado, y encontrándose á dos leguas de distancia, en Villafranca, su único punto de comunicacion con la ribera derecha del río.

Al amanecer del memorable día 28 de Setiembre, se dirigió el Duque de la Torre á Alcolea, seguido solamente de su Estado mayor: allí encontró al Sr. Ayala, que volvía con la respuesta del general Pavía; le recibió secretamente, y sin mostrar en su semblante ninguna emocion, conferenció con el general Caballero, y habiendo recorrido en su compañía el campamento, regresó inmediatamente á Córdoba.

Ya empezaba á distinguirse á lo lejos, al pié de unas lomas que limitan la llanura, algunas masas, al parecer de infantería y caballería, dando motivo á que se hiciesen diversos comentarios entre paisanos y soldados; pues muchos se figuraban que venian en actitud pacífica; pero á medida que se acercaban aquellas masas, pudo verse que pertenecian á las tres armas, y que se desplegaban ordenadamente por el prado formando en línea de columnas. Acudió el general Caballero á las avanzadas y lo preparó todo para resistir al ataque que se anunciaba, mientras iban llegando al campamento, por disposicion del Duque, todas las tropas que habia en Córdoba.

Durante estas operaciones acaeció un incidente singular. El brigadier D. Mariano Lacy, que en la tarde anterior habia salido de Montoro con dos batallones de cazadores, y que marchaba por la derecha del río á tomar posiciones sobre el puente de Alcolea, ignorando sin duda que ya estaba ocupado, acababa de pasar el Guadalmellato por un estrecho puente sin pretilas, así como tambien otros dos que hay sobre los profundos arroyos de las Yeguas y de Aguabuena, sin apercibirse de la proximidad del enemigo, hasta que hubo rebasado sus avanzadas, y se encontró cortado por fuerzas muy superiores á las suyas. En aquella situacion comprometida, y teniendo órden las tropas sublevadas de no romper el fuego, sino en el caso de ser atacadas, dióse aviso al general Caballero, quien dispuso que Lacy se retirase á distancia de tiro, y aguardase allí la decision del Duque de la Torre. Cuando volvió este al campamento, y se enteró de tan extraña ocurrencia, envió recado á

Lacy para que bajase á conferenciar con él en el puente de Aguabuena; y habiéndose presentado el brigadier, le manifestó con franqueza las fuerzas de que disponia para retenerle prisionero juntamente con su brigada, y le invitó á que se colocase bajo su mando. Lacy le contestó que comprendia su situacion; pero que su deber le mandaba morir antes que entregarse; y aunque insistió el Duque, y aunque tambien le habló el Sr. Ayala, recordándole la familia de que descendia, y los mártires que esta familia habia dado á la libertad, el pundonoroso brigadier sostuvo con entereza, que “el respeto debido á sus mayores le obligaba más á permanecer fiel á sus banderas.”

Entonces el Duque de la Torre, procediendo con caballerosa generosidad, dijo á Lacy que podia retirarse con su fuerza; pero que le diese palabra de no romper el fuego sin avisarle con anticipacion. Prometiéndolo así el brigadier, y retrocedió con su gente pasando al otro lado del arroyo de las Yeguas, donde á poco se le incorporó el jefe de division, general Echevarría con un batallon de Gerona, y algo después llegaron los de cazadores de Barbastro y Alba de Tormes, que desde Villafraanca enviaba de refuerzo el Marqués de Novaliches.

Antes que el último de estos cuerpos se hubiese unido á la brigada de vanguardia, el general Echevarría tomó sus disposiciones para emprender el ataque, colocando á su izquierda, junto al Guadalquivir, el batallon de Barcelona; en el centro los de Madrid y Barbastro, y las restantes fuerzas distribuidas entre el flanco derecho y la reserva; después de lo cual, en cumplimiento de la palabra empeñada por el brigadier Lacy, avisó al Duque de la Torre, que iba á romper el fuego.

No se habia descuidado, entre tanto, el general Serrano. Tomando como centro las ventas de Alcolea, habia mandado colocar dentro del puente una compañía de Simancas, dos de carabineros y cinco del primer batallon del regimiento de Valencia: á la derecha de las Ventas, en dos eminencias, una batería de cuatro cañones, y sobre la ribera, siguiendo la direccion del rio hasta muy cerca de Córdoba, otras varias fuerzas, con el encargo especial de cubrir los vados.

A la izquierda de las Ventas, en la falda del Capricho, se estableció una batería de diez y seis piezas, enfilando la carretera sobre el llano. Más á la izquierda, rodeando la altura ya nombrada del Capricho, por la parte que se habia presentado la brigada Lacy, seguian el batallon de cazadores de Segorbe, medio de Tarifa, siete compañías del de Simancas, y la brigada Alaminos, compuesta de un batallon de Borbon y los dos de Cantabria: esta brigada cerraba el intervalo que media en-

tre los barrancos de Aguabuena y de las Yeguas. En apoyo de estas fuerzas, se colocaron, á la derecha el regimiento de Bailén, y á la izquierda el de Aragon; y á las inmediaciones del Capricho ó cuartel general, se situó la brigada de caballería, compuesta de los regimientos de Villaviciosa y Santiago, dos escuadrones de carabineros y una seccion de lanceros de Montesa.

Otras fuerzas de reserva cubrian la retaguardia del puente, y las alturas de la sierra.

En esta disposicion, y hallándose aun el grueso del ejército de Novaliches á una legua de distancia, siendo pasadas las dos de la tarde, mandó romper el fuego el general Echevarría. Contéstale inmediatamente Segorbe, y desplegándose en guerrilla, pasa con decision el barranco de Aguabuena: síguete el medio batallon de Tarifa, y en vista de la intrepidez de los contrarios, colócase en reserva detrás de estos batallones el regimiento de Bailén, reforzando la línea de guerrillas con algunas de sus compañías. Más al centro, Simancas ataca á Barbastro, y á su izquierda, la brigada Alaminos, en lo más escabroso y espeso de la maleza, acomete con iguales bríos. Las descargas se suceden rápidamente, el fuego es nutrido y mortífero, casi á quemaropa: de uno y otro lado se hacen supremos esfuerzos, y se notan rasgos de valor heroico. Los cazadores de Madrid inician una carga á la bayoneta, que rechazan en igual forma sus adversarios; y aquel bosque, aquellos olivares se convierten en teatro de horrible carnicería. Reforzada oportunamente la derecha de los sublevados por el regimiento de Aragon, las valientes tropas de Echevarría tuvieron que batirse en retirada, replegándose á las alturas, al otro lado del arroyo de las Yeguas, pero sin declararse vencidas aunque peleaban uno contra tres.

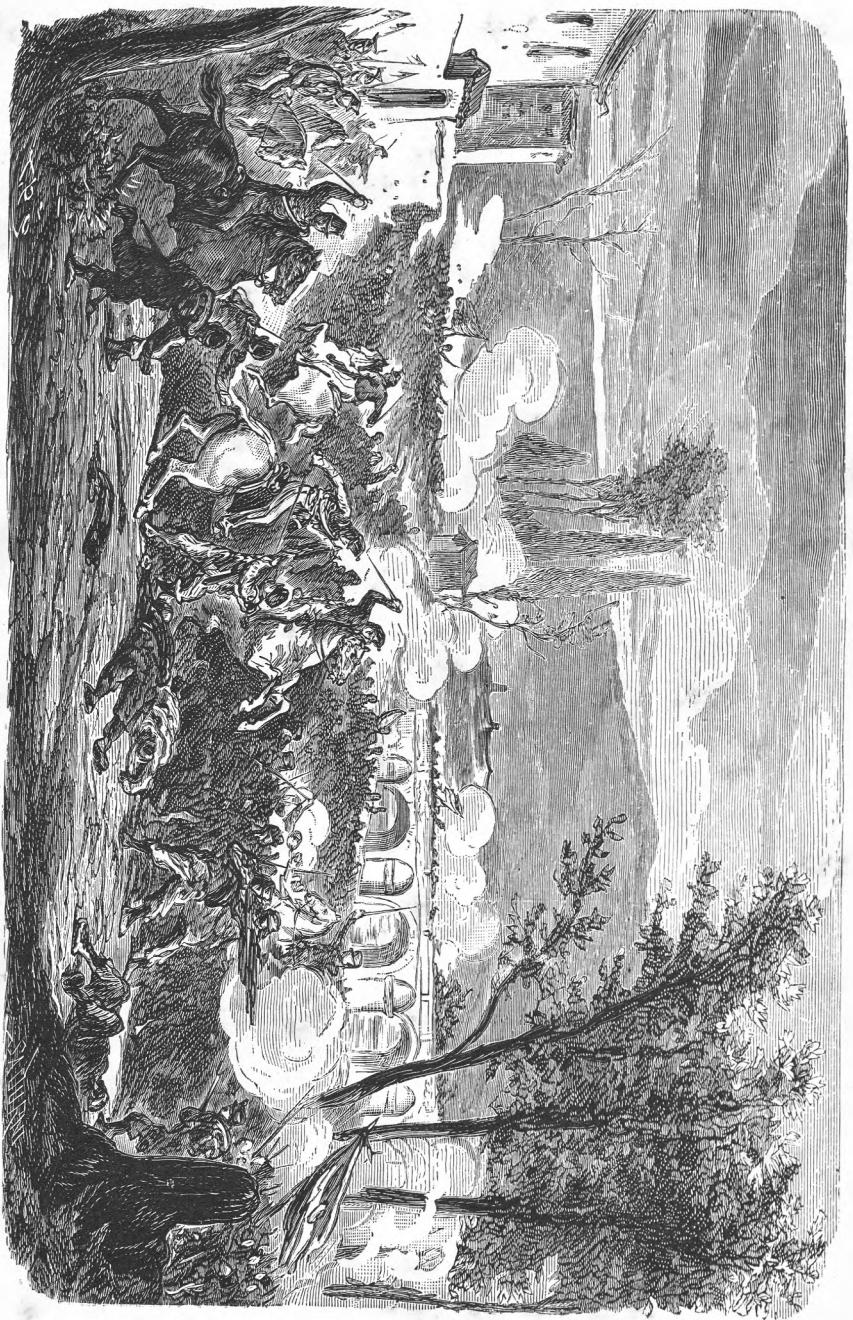
Allí comenzó de nuevo el fuego la division Echevarría, protegida, y alentada por la artillería del Marqués de Novaliches, que desde el llano y á través del rio, dirigia sus tiros sobre la izquierda enemiga, en tanto que el grueso del ejército continuaba avanzando hácia el puente: al mismo tiempo se destacaba por su derecha el regimiento del Príncipe, yendo á vadear el Guadalquivir, para reforzar aquella division, que aislada al otro lado peleaba con tanto encarnizamiento y bizarría; pero este cuerpo no tomó parte en la batalla, porque cuando llegó á unirse con las otras tropas, la accion habia terminado. En efecto, los batallones de Echevarría y Lacy, acosados por todas partes, resistian heroicamente á sus numerosos y valientes contrarios; pero al fin, apuradas las municiones de alguno de ellos, se vieron envueltos y obligados á emprender la retirada, cayendo medio batallon de Barbastro con su

bandera en poder de los cazadores de Simancas, y dos compañías de Madrid prisioneras por el primero de Borbon.

Así terminó el sangriento combate de las vanguardias, llamado del *Bosque*; pues aunque todavía, con la llegada del batallón de Alba de Tórmes, intentaron los vencidos hacer un supremo esfuerzo, y aun volvieron á pasar el puente de las Yeguas, era ya tarde para tomar la ofensiva, y tuvieron, mal de su grado, que abandonar el campo.

Libre de enemigos por este lado, el Duque de la Torre mandó replegar sobre la ribera y el puente las tropas que ya no hacian falta en el bosque; y así, mientras continuaba sin cesar un vivo cañoneo por una y otra parte, se situaron los cazadores de Tarifa entre dicho puente y el del ferro-carril; á la inmediacion de este, enfilándolo, dos piezas de artillería, y á su derecha el primer batallón de Bailén: las fuerzas colocadas dentro del puente de piedra se aumentaron con cuatro compañías de Valencia, y por la izquierda del mismo se aproximaron al rio dos piezas más, para defender con metralla su entrada, situándose á la vez con ellas un batallón de carabineros: el segundo de Bailén quedó establecido junto á las Ventas, y á la derecha de estas, sobre la carretera, se extendió la caballería. Los batallones de Simancas y Segorbe, formaban la reserva general.

Reconcentradas así las tropas insurrectas, aguardaron la agresion del ejército contrario, que seguia su movimiento de avance con el mayor orden, marchando al frente la infanteria en columnas de ataque; la caballería, parte en las alas, y parte á la izquierda de la carretera en columna cerrada, y la artilleria á retaguardia por la derecha. Era la hora del crepúsculo: ya aquel ejército habia dejado muy atrás el cortijo de Pan-Gimenez, que ardia, incendiado por una granada, y cuyas llamas iluminaban el campo á menos de un kilómetro del puente, cuando cesó de tronar la artillería, y todo quedó en silencio, solo interrumpido por el grito de «¡Viva la Reina!», dado por el general en jefe, y contestado con entusiasmo por los batallones. En el campo del Duque de la Torre se suspendió tambien el fuego de cañon, y durante aquellos momentos solemnes, hubo quien creyera que la terrible lucha empezada iba á terminar con un abrazo de los dos ejércitos: tanta era la serenidad y gallardía con que se adelantaba por la carretera una columna, llegando hasta la entrada del puente, armas al hombro, tocando las músicas y dando repetidas aclamaciones. Con aquella columna, compuesta del regimiento del Rey, cuya música dejaba oír los acordes del paso de ataque, y de algunas compañías de Málaga, iba el



Batalla de Alcolea.

Marqués de Novaliches, y á su frente el bizarro y distinguido capitán de Estado mayor D. José Perez de Meca. Viéndola llegar, los del puente dudan que lleve intenciones hostiles; pero oyen el paso de ataque, y se preparan. Un oficial grita: “¡Viva la libertad!” Y Perez de Meca, contesta, dirigiéndose á sus soldados: “¡Viva la Reina! ¡A dormir á Córdoba!”—Instantáneamente suenan dos descargas cerradas, confundiendo tantos centares de tiros en una sola detonacion ¹, y el jóven Meca cae muerto sobre un monton de cadáveres y heridos. La columna se desordena; pero el Marqués de Novaliches corre á ponerse á su cabeza, y gritando: “¡Viva la Reina!”, entusiasma de nuevo á los soldados, que se rehacen y acometen como leones. Empieza ya dentro del puente una lucha tenaz; las descargas zumban y brillan como relámpagos; se apela al rewólver, al sable y á la bayoneta; el suelo se cubre de víctimas, y entre ellas, cae gravemente herido el general en jefe del ejército de la Reina, con la mandíbula inferior destrozada, segun unos, por un cascote de metralla; segun otros, por un trabucazo disparado desde un grupo de paisanos.

A pesar de la deplorable situacion en que se hallaba, no le faltó al Marqués de Novaliches la fuerza de ánimo ni la serenidad necesaria para retirarse casi solo, después de entregar el mando al general García de Paredes, quien dispuso que los batallones fueran entrando en línea en la orilla izquierda del rio, para sostener el fuego con los sublevados, y que la caballería se situara convenientemente para proteger la retirada. Esta era necesaria, porque la noche habia entrado, y la artillería se encontraba sin municiones, no siendo fácil adquirirlas por haber retrocedido hácia Villafranca el tren que las conducia. En tal concepto se consideró imposible intentar de nuevo forzar el paso del puente, aunque creen muchos que, si al ataque de la primera columna hubiera seguido el de las demás, se habria obtenido aquel resultado. Como quiera que sea, el general Paredes dispuso la retirada de sus tropas por escalones, que se efectuó ordenadamente, yendo á vivaquear aquella noche sobre el mismo terreno donde por la tarde se habia roto el fuego. La division Eche-

¹ No podemos decir cuál de los dos ejércitos rompió primero el fuego, estando en contradiccion los testimonios oficiales de ambas partes, que tenemos á la vista. El comandante de E. M. Sr. Medeviela, que militaba á las órdenes del Duque de la Torre, describiendo la batalla de Alcolea, dijo al llegar á este punto, que sus soldados, «al oír que los gritos de los contrarios eran vivas á la Reina, no dudaron ya de la refriega, y como movidos por un resorte, respondieron unánimes á la primera descarga que recibieron.» Otro jefe de E. M., que iba con el Marqués de Novaliches, dice, por el contrario, que la columna de ataque llegaba á la entrada del puente, cuando el enemigo rompió el fuego, tan vivo y tan nutrido, que ocasionó casi la totalidad de las bajas que tuvo el ejército.

varría repasó el puente del Guadalmellato, y acampó junto á unas casas inmediatas, esperando que al dia siguiente se continuaria la batalla.

Esto mismo creyó el Duque de la Torre, aunque la jornada era suya, pues ignoraba la desgracia acaecida al Marqués de Novaliches; y no obstante el entusiasmo con que, en su campo, generales y soldados celebraban su triunfo, pasó la noche dando órdenes para asegurar las posiciones y hacer nuevos trabajos de defensa y precaucion. Se construyó una cabeza de puente, que defendian dos piezas de artillería, dos compañías de carabineros y un batallon de Bailén; se estableció una batería de diez y seis cañones de á doce á espaldas del ferrocarril, y otra de doce cañones del sistema Krupp; se construyeron gran número de cartuchos, y se cargaron multitud de granadas: todo lo cual demuestra que no se consideraba terminada la contienda, y que realmente no hubo en Alcolea vencedores ni vencidos.

Pero al amanecer del dia 29 se vió completamente despejada la llanura. El general Izquierdo, puesto á la cabeza de la caballería, hizo un reconocimiento alejándose cosa de una legua de su propio campo, y adquirió la conviccion de que el ejército contrario se habia retirado hácia el Carpio. El del Duque de la Torre se volvió á Córdoba. Las bajas sufridas por ambas partes en aquella sangrienta jornada fueron numerosas, elevándose entre todas á 162 muertos, 592 heridos y 100 contusos ¹.

Si los españoles tuvieran memoria; si fueran capaces de escarmiento, el recuerdo de Alcolea y la esterilidad del heroismo desplegado en aquella funesta batalla bastarian para hacer imposibles nuevos combates, nuevas luchas fratricidas entre ellos, convenciéndoles de que, por tales medios, jamás se realizará ninguna de sus nobles aspiraciones. En Alcolea se hundió una dinastía, acusada de tiránica é inmoral: ¿triunfaron, por ventura, la moralidad, la libertad y la justicia? No: allí se ahogó en sangre el entusiasmo del ejército español; allí aprendió el soldado á detestar la disciplina y la subordinacion, que son el nervio de la fuerza pública, y que le hicie-

¹ Estas pérdidas se clasifican de la manera siguiente:

	MUERTOS.				HERIDOS.				CONTUSOS.				TOTAL general.
	Jefes.	Oficiales.	Tropa.	Total	Jefes.	Oficiales.	Tropa.	Total.	Jefes.	Oficiales.	Tropa.	Total.	
Ejército del Duque de la Torre.	»	7	64	71	2	33	238	273	1	2	53	56	400
Ejército del Marqués de Novaliches.	»	9	82	91	2	25	292	319	1	6	37	44	454
	»	16	146	162	4	58	530	592	2	8	90	100	854

ron instrumento y victima de los especuladores políticos ; allí quedó glorificado por la victoria el principio de insurreccion ; allí nacieron locas ambiciones, y comenzó á desmoronarse el ya ruinoso edificio de la prosperidad y de la honra de España. El cadáver putrefacto del absolutismo sacó allí la cabeza desde el fondo de su sepulcro ; la anarquía revolucionaria germinó en el campo de las ideas, para pasar muy luego al de los hechos ; y ambos, anarquía y absolutismo, dos grandes injusticias, habian de ahogar la libertad, diosa tranquila, que no puede reinar, que no puede existir sino bajo el imperio de la paz y la armonía, de la tolerancia y la fraternidad humanas, y en medio de las fructíferas tareas del trabajo, de las artes y de las ciencias.

VI.

Serian las dos de la tarde del 28 de Setiembre, cuando el Marqués de la Habana, que esperaba ansioso el resultado de la batalla de Alcolea, recibió un telégrama cifrado del Marqués de Roncali, diciéndole que “ en el caso de recibirse noticias desfavorables un tanto decisivas, seria posible que se pensara en la retirada á Francia de toda la familia real, „ y para ese caso pedia instrucciones y una contestacion instantánea. Era que en la Corte se abrigaban temores de que al frente de San Sebastian se presentaran algunos buques de la escuadra del Ferrol. El Presidente del Consejo se apresuró á contestar, manifestándose dispuesto á sostener la situacion hasta el último momento, y aconsejando que, entre tanto, no se retirase en manera alguna S. M. á Francia ; “ pues si triunfa el Marqués de Novaliches, decia, aun puede salvarse la causa de la Reina.„

No contento con esto, é impresionado vivamente por la grave indicacion del ministro de Estado, el general Concha pidió al Marqués de la Frontera que partiese inmediatamente en el tren expreso, como lo hizo, para manifestar á la Reina la necesidad de esperar en San Sebastian los acontecimientos.

Entre tanto seguian llegando á Madrid noticias alarmantes de varias provincias, y á la una y media de la noche se recibió un parte del general Paredes, que decia ; “ Hemos sido rechazados por ambos lados del rio. General en jefe herido. Nos retiramos con el mayor orden al Carpio. Espero instrucciones.„ Momentos después lle-